

# LOS SUCECOS

Suscripción en toda España, 5 pesetas  
al año. Idem en el extranjero, 8 fr.

Toda la correspondencia debe dirigirse  
se al Apartado de Correos 347.

## La morfología HUMANA

La nueva ciencia que revolucionará la  
Medicina.

El doctor Sigaud, de Lyon, Francia, acaba de crear una nueva ciencia "La Morfología humana", basada como su nombre indica, en la "forma del individuo".

Es necesario, dice el ya célebre médico, no perder el tiempo de observación en cosas infinitamente pequeñas. Es indudable que la bacteriología ha dado motivo a grandes descubrimientos y ha prestado importantísimos servicios, pero esto no es más que un elemento accesorio.

El principal elemento del problema, que ha sido abandonado, tanto más, cuanto más se ocupaban del microbio, es la forma humana. La forma se entiende en la acepción común, de la configuración exterior, pero para el médico morfologista comprende también otras cualidades físicas como color, temperatura, elasticidad, etc. Las enfermedades, la decrepitud no son sino deformaciones. Evitar, retardar esas deformaciones, es el fin que debe proponerse.

La forma humana es un conjunto de cuatro aparatos esenciales: el respiratorio, el digestivo, el muscular y el cerebral. El desarrollo de uno de ellos sobre los demás, da la forma dominante.

El respiratorio vive esencialmente del aire, y son los tipos de Don Quijote, Lafayette, Fenelon; el digestivo encuentra en el alimento el principal medio para su vitalidad, tales son Rossini, Sancho Panza, Luis XVIII de Francia; el muscular vive del movimiento, César, Napoleón, Alejandro Magno, y, por último, el cerebral encuentra sus energías en las excitaciones visuales y sonoras, Edisson, Richelieu.

Veamos la forma muscular de Napoleón I. Mientras recorre los campos de batalla de Europa, mientras el movimiento entretiene su elasticidad, conserva su salud. El muscular empieza a decaer en la inactividad de la isla de Elba, y sucumbe por completo en la inmovilidad horrible que se le inflige en Santa Elena.

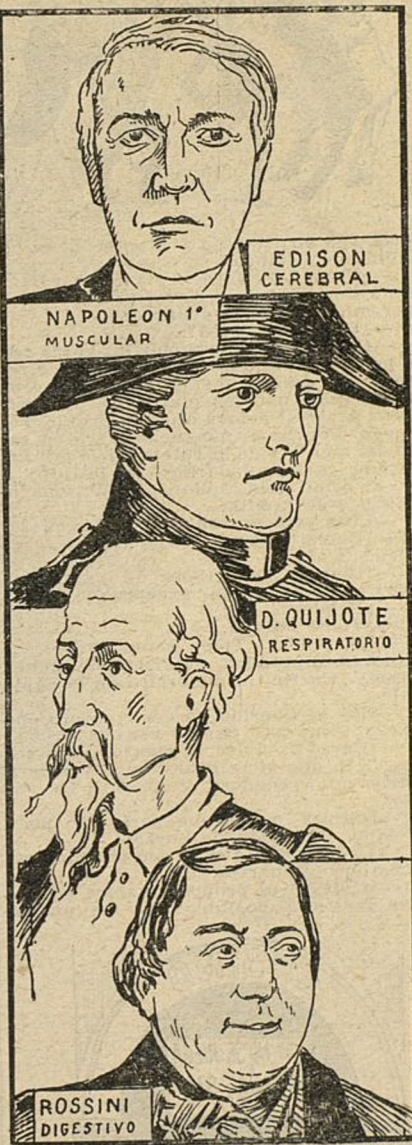
El tipo respiratorio de Don Quijote como el de Lafayette, y múltiples de nuestros aventureros, explican su gusto por la aventura, por los viajes, por el ansia de conocer otros climas, otras atmósferas, horizontes nuevos.

Un cerebral, Edisson, por ejemplo, no gusta de las excitaciones, el movimiento, la mesa, ni la aventura. Compárese la música de un cerebral cualquiera con la del digestivo Rossini.

Cada tipo tiene sus instintos, sus necesidades, sus inclinaciones.

Un respiratorio, encerrado durante todo el día en un taller ó una oficina y de noche durmiendo en una mala habitación, busca en el alcohol el agente ficticio que le contenga y que le compense la fuerza que pierde por falta de aire, sin el que no puede vivir.

En cambio, el digestivo que ha perdido el sentido orgánico de sus necesidades alimenticias, si no tiene desayuno, tomará para reemplazarlo una copa de aguardiente. Como pueda se desayunará fuerte. Que se le enseñe a un muscular el medio de exaltar su vitalidad por el movimiento, la embriaguez fisiológica, que en él encuentre, les hará olvidar la embriaguez del alcohol.



La conciencia orgánica de las exigencias del predominio, es el porvenir de la raza.

El matrimonio entre tipos homogéneos, además de que evitará disgustos conyugales y perennes contiendas, tendrá la supremacía hereditaria del predominio, la pureza de razas y el vigor de la descendencia.

Los tipos mixtos, de desarrollo irregular, son los que llenan los hospitales, los asilos y las prisiones.

Inculquese á cada ciudadano el culto de su propia forma, desarrollense los instintos latentes que cada forma contiene en poder, y el hombre se conducirá cada vez, porque el sentido de conducta será el mismo que el de sus imperiosas necesidades, y no la que una vida artificial le obliga á desconocer.

De esa manera, podrá encontrar fuerza suficiente para combatir sin gran violencia los instintos secundarios que que le desequilibran al principio, y aniquilan finalmente su forma definida.

La Medicina ha encontrado una poderosísima ayuda con la "Monografía humana".

## Notas de la SEMANA

El juego, los toros y el Parlamento han proporcionado abundantes temas á las conversaciones durante la última semana. Como sucede siempre, todas esas cosas han llegado al público muy confusas, y la misión de los periodistas no es el comentarlas, sino el aclararlas. Eso vamos á hacer nosotros, y verá el público qué sencillo es todo.

Lo del juego, principalmente, es sencillísimo, á pesar de lo difícil que resulta para los mismos jugadores. No es que se jugara en España, ni que el Gobierno lo ignorase, ni que nadie se sintiera interesado por la moral pública. Es que en algunos sitios se jugaba con privilegio, y eso no podía continuar.

Lo habían denunciado muchos periódicos y habían hablado de ello varios diputados, pero hasta que el batallador Rodrigo Soriano no tiró de la manta y dió el escándalo en el Congreso, no hizo caso el Gobierno, ni se planteó seriamente y de una vez esa cuestión. En virtud de lo que dijo el Sr. Soriano, el Gobierno ha mandado parar todas las casas de juego más ó menos decentes que funcionaban en España, y dicen que ya no se volverá á jugar en ninguna parte hasta que el Gobierno haga una ley reglamentando el vicio y cobrando por ello una gran contribución.

Entretanto, conste que el Sr. Soriano ha obtenido un éxito grande, personal, en el Congreso, pues gracias á él se aclaró ese complicado negocio del juego cuyas ganancias se repartían, según se ha dicho, entre muchas gentes que tienen obligación de ser honradas; que si es conveniente para la vida de San Sebastián que funcionen las ruletas del Casino, no hay derecho á negar el mismo negocio á Málaga, para hacer su ciudad de invierno y atraer á los turistas. Y por último, que si á los franceses de la Rabassada se les deja jugar, también deben jugar los españoles del Tibidabo.

De los toros no hablaría nadie, si no hubiera escritores que en su afán de llamar la atención se dedican á combatir las corridas, considerándolas como una calamidad, y casi casi como la única razón de que España no progrese.

Como si vinieran de la China los tales escritores de todo se asombran y todo les sorprende.

Tanto saber de cosas de Grecia, y luego ignorar esos sabios lo que ha pasado apenas hace una docena de años en la capital de España, donde siendo empresario Bartolo, se dieron hasta cinco corridas en una semana, casi casi á corrida diaria. Hubo entonces, y ha habido siempre, más afición que ahora y más toreros y más idolatría que ahora por la fiesta y por los gladiadores. Todo eso del "Bombita" y de Pastor, es un comino en comparación con el entusiasmo que producían en sus buenos tiempos Lagartijo, Frascuelo, Mazzantini, Guerrita y Espartero. Y entonces, como ahora, los que no gustaban de las corridas de toros no iban á verlas, ni les importaba nada que la gente se gastara el dinero en esa fiesta, ni que se embobara con los toreros.

También entonces había detractores de las corridas de toros, y no obstante la superioridad que tenían sobre los de ahora, lo mismo escribiendo que personalmente, como por ejemplo el ilustre D. José de Navarrete, que era un todo



señor, además de escribir como no escribe nadie en estos tiempos, su oposición caía en el vacío y el público seguía viendo los toros con delirio.

Y seguirá haciendo lo mismo mientras no tenga otro espectáculo que le interese ó le emocione en la misma proporción que las corridas de toros.

¿Por qué no lo inventan esos señores? ¿No son genios? ¿No son hombres superiores? ¿Por qué sus cerebros privilegiados no descubren otro espectáculo en que pasar la tarde?

El Parlamento sigue sin resolver ninguno de los grandes problemas que interesan al país; pero en cambio todos los días se ocupa acaloradamente en cuestiones de política mezquina, como lo de los suplicatorios, asunto que ni el mismo Maura quiso resolver, y que ahora ha resuelto Canalejas llamándose demócrata.

Y lo que se ha resuelto con el fin de matar á los republicanos, es sencillamente la muerte de la libertad de imprenta.

Antes los periódicos podían hablar fuerte, porque si los denunciaban ó procesaban, se declaraba autor del escrito un diputado y á éste no se le podía procesar. Ahora, á pretexto de que se abusaba, el Gobierno ha resuelto que se pueda procesar á los diputados, y en virtud de ese acuerdo, ó los periódicos de oposición se callarán ó los diputados que les protejan irán á la Cárcel.

Con esto y con la moda de exigir indemnización metálica á los periódicos que injurien á cualquiera, no será posible la vida de la Prensa de oposición. Que es lo que se buscaba, para que los personajes hagan lo que quieran sin que nadie pueda criticarlos.

Y no sabemos qué será peor, si la relativa impunidad en que vivían unos cuantos periódicos, á los cuales, generalmente, no se les hacía caso, ó la impunidad en que van á vivir los ladrones de levita.

## LA VIDA EN BROMA

### ¡Ovación y la oreja... de Jorge!

La cuestión del juego ha sido recientemente la que más juego ha dado en el Congreso. El Gobierno venía haciendo la vista gorda y tomando á juego eso, como la política y la administración pública, pero, al fin, se le han visto las cartas, y el escándalo fué monumental.

Canalejas no sabía por donde tirar. Pretendió hasta levantar muertos, ó sea algunos gobernadores civiles que aparecían ya "cadáveres", y estuvo á punto de exclamar en el paroxismo de su desesperación:—¡Otro talla!

Pero como en realidad no hay quien talle, se limitó á prohibir lo que ya estaba prohibido (¡Cosas de España!), agarrándose al teléfono y diciendo á los Poncios:

—Me acaban de poner las orejas coloradas por usted.

—¡Caramba, D. José!... ¿Qué me dice V. E.?

—Ha sido un milagro que no plantearamos la crisis esta tarde.

—Otra vez?... Vamos; no sea V. E. guasón.

—Sí, señor; y todo porque se está jugando en todas partes.

—¡Aquí no!...—respondieron todos con la misma ingenuidad.

—¿Cómo?... ¿Encima todavía se pitorrea usted?...

—Replto, señor presidente, que aquí no "se tira de la oreja á Jorge". Al menos que yo sepa.

—Entonces es que no está usted en su provincia.

—¡Vaya si lo estoy!

—Pues juraría que estaba usted en Babia.

—Hubiera pedido permiso. Ya sabe

V. E. que yo soy muy cumplidor de mi deber.

—¡Mucho! ¡Pero la capa no parece!

—Yo estoy aquí para velar por la ley.

—¿Por qué ley?

—Por la de jurisdicciones. ¿Tiene V. E. interés en cualquier otra?...

—Sí, señor; y no me pongan ustedes



otra vez en ridículo ó planteo la cuestión de confianza.

—¡Vamos, D. José!... ¡O hay confianza ó no la hay!... ¡A ver si va V. E. á ser más mirado que Barroso.

—¿Qué dice usted?...

—Que no hay que tomar las cosas tan á pecho. ¡Aprenda V. E. de él!... ¡Mírese en ese espejo! Y si quieren ahí moralidad sean ustedes claros de una vez para saber si hemos ó no de prohibir el juego. Porque yo no juego, pero en esto del monte y de la ruleta no sé jamás á qué carta quedarme. Se lo juro á V. E. como gobernador, corregidor y padre de familia.

—Pues está prohibido... ¡que conste!

—¡Bueno! Pero... ¿en el Casino también?

—¡Claro! ¿Qué tiene de particular ese Casino para estar exceptuado?...

—¡Fírolera!

—¿Tiene bula?...

—No, señor... Tiene gente gorda: senadores, diputados, magistrados, generales... En fin, lo mejorcito de la capital.

—Eso he querido yo decir en el Congreso, y me han puesto verde.

—¡Caray!... Pues lo siento. Pero sepa V. E. que si lo prohibimos vamos á darles un verdadero disgusto á los socios.

—Dígales usted que será por poco tiempo. ¿Cuestión de horas!

—Yo le ruego que, á ser posible, sea cuestión de cuartos.

—Mi deseo es proporcionarles la menor molestia posible... Ya he puesto



mano en la reglamentación del vicio, y creo que todos quedaremos contentos.

—¡Es V. E. adorable!... Un jefe admirable...

—Bueno, bueno, cierre usted el pico.

—Sí, señor... ¡y el Casino!

No sé la cara que habrán puesto los gobernadores y la policía á eso de reglamentar el juego. Porque muchos de

éstos mantenían aún las teorías antiguas sobre moralidad pública, y siguen creyendo que el dinero del vicio no puede emplearse en obras de caridad ni en obras públicas porque dicen que mancha. ¡Qué gente más limpia!...

La opinión pública, en cambio, ve con entusiasmo lo de la reglamentación, sobre todo si se aprovechan los ingresos del juego para suprimir todos los de los consumos transformados y los de la luz y la sal que ahora nos enjareta Navarro Reverter.

En ese caso es cuando España entera aplaudiría delirante á Canalejas. Porque, una obra así, sería digna de ¡la ovación y de la oreja... de Jorge!

F. ROIG BATALLER

## Con pólvora AJENA

El distinguido abogado Don Cenón de la Canal, hombre recto y servicial, salió una vez diputado provincial.

Y como era D. Cenón hábil, serio y elocuente en la primera sesión fué nombrado presidente de dicha Corporación.

Ansioso, como otros mil, de la popularidad que da la notoriedad, largó un discurso viril lleno de moralidad.

Hablando de su gestión dijo que se proponía hacer administración. (¡El discurso de cajón del político de hoy día!)

—Yo vengo con la esperanza si no de haceros dichosos, porque esto nadie lo alcanza, de que los pueblos morosos cumplan bien con la Enseñanza.

—Quiero—añadió D. Cenón—que no quede sin cumplir esa sagrada atención, y no tendrá la opinión nunca nada que decir.

¡Justicia y moralidad, es mi lema en este caso! ¡Oído bien!... ¡Yo no paso por una ilegalidad, una deuda ó un atraso!...

Aquella peroración del bueno de D. Cenón, fué por todos alabada, y aplaudida y comentada por toda la población.

Y en efecto: las resultas fueron duras y fatales, pues en dos meses cabales liquidó, imponiendo multas, los atrasos provinciales.

No quedó un Ayuntamiento, por miserable que fuera, que no pagara al momento... ¡Don Cenón era un talento, financiero de primera!

Todo el mundo repetía que era un ser excepcional, un político cabal, que distinguirse sabía por lo honrado y lo formal.

La Prensa unánimemente, elogiaba su gestión, y el afán pulcro y ardiente de abonar puntualmente toda deuda ó atención.

Y mira, lector querido, después de esas referencias que oportunas he creído, ¡lo que son las apariencias en este mundo... perdido!

Aquel padre provincial, de condición tan honrada y tan justo y tan moral... ¡avíllate, mortal!... ¡No le paga á la criada!

PIO GRACO



# En busca de marido.



Tiembla la pobre viuda, cerca la muerte siente  
Al bajar resbalando la nevada vertiente.  
Sin poder contenerse, perdida la razón,  
Se abraza temblorosa al joven campeón.

El muchacho al sentir los brazos de su amada  
Se vuelve emocionado. Con ardiente mirada,  
La dice que la adora, se olvida del timón,  
Y ruedan por la nieve los dos en un montón.



La viuda infatigable, siempre ansiosa de amar  
Recoge sus trebejos y se lanza á la mar.  
A Europa va de nuevo, al viejo Continente,  
En busca de otros tipos; de otra clase de gente.

Su plan es ir á Suiza, visitar aquel suelo,  
Pasar una semana, y luego alzar el vuelo.  
Una amiga la invita y es buena la ocasión  
De gozar los deportes de final de estación.

Su amiga le presenta un mozo muy garrido,  
Luchador deportista de lo más aguerrido  
En deportes de nieve; de trineos campeón.  
Resbalando en la nieve, no admite parangón.

De la viuda se prenda, se queda enamorado,  
Fues la viuda en belleza, es completo dechado.  
Van á hacer en trineo juntos una excursión  
Para hacer el amor magnífica ocasión.

Montan en el trineo, el joven va delante,  
La viudita detrás, de emoción palpitante.  
Siente miedo. El trineo vuela vertiginoso.  
¡Qué mareo! ¡Qué espanto! Aquello es horroroso.

—¡Ay!—exclama la viuda—, renuncie usted á mi mano,  
Esto ya se acabó y corto por lo sano.  
Si en esto que sois maestro, os maneáis tan mal,  
En cuestiones de amor tenéis que ser fatal.

FERS





# EL JUEGO EN ESPAÑA

Fotografías que presentó en el Congreso el señor Soriano.



La mesa de los caballitos en el Casino de la Rabasada (Barcelona).

Hace poco más de un año, una Compañía francesa que se dedica a la explotación del juego en gran escala, construyó un gran Casino en los pintorescos terrenos de la Rabasada, situados en los alrededores de Barcelona. La instalación del Casino, de los Parques de recreos y sports y hasta las carreteras para automóviles, costaron algunos millones, poca cosa para un negocio que tenía por base la ruleta, cuyos productos en todas partes son enormes.

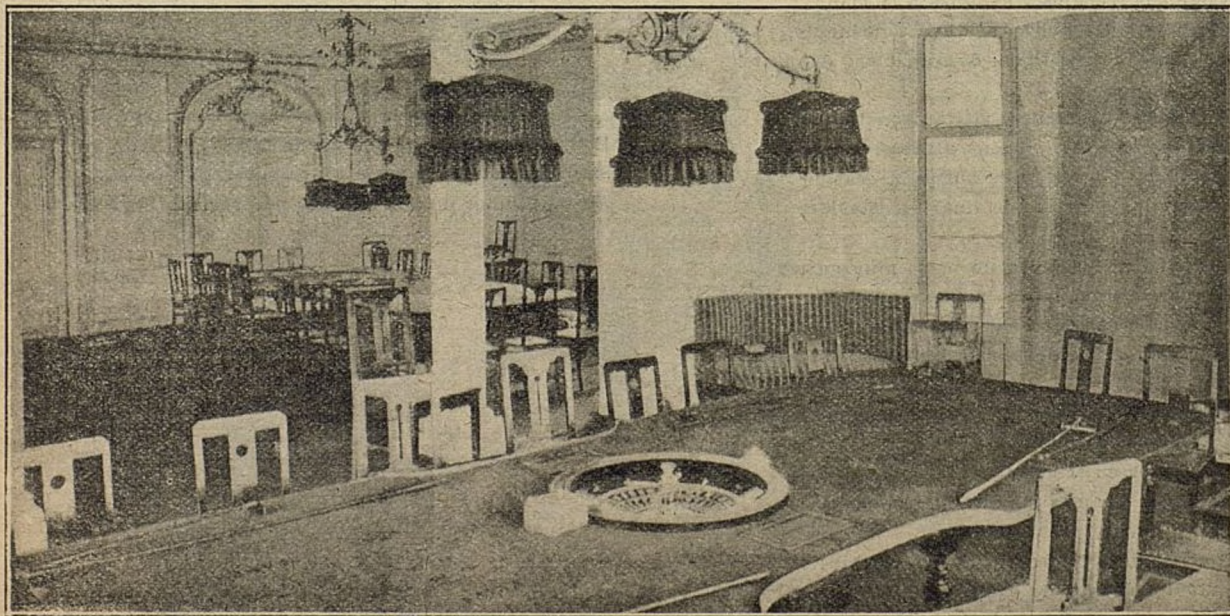
Resultó que al poco tiempo, otra em-

presa intentó hacer el mismo negocio en otro sitio, todavía más pintoresco y más cercano a la ciudad, el Tibidabo, donde se han gastado, si no tanto como en la Rabasada, también una fuerte suma.

Y cuando creían que eso del juego era cosa fácil, se encontraron con que la Rabasada tenía exclusiva, que nadie más que los franceses estaban autorizados para desplumar a los incautos que buscan en la rueda mágica el medio de hacer fortuna.

Era natural que sucediera lo que ha sucedido, y que los que no obtenían permiso para jugar, pidieran a gritos que no hubiera preferencias para nadie. O todos o ninguno.

Como en los primeros momentos de esta campaña el Gobierno decía que no se jugaba, el Sr. Soriano llevó al Congreso las fotografías que el lector tiene delante de sus ojos, y ante una prueba tan evidente, el Gobierno bajó la cabeza y dió orden de suspender el juego en todas partes.

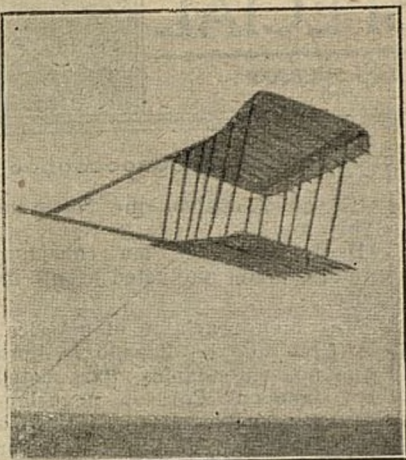


Las mesas de ruleta en el Casino de la Rabasada.

Ayuntamiento de Madrid



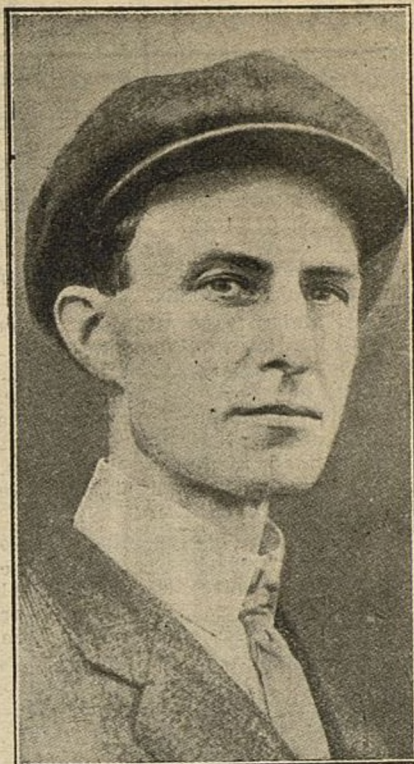
# La muerte del aviador Wilbur Wright.



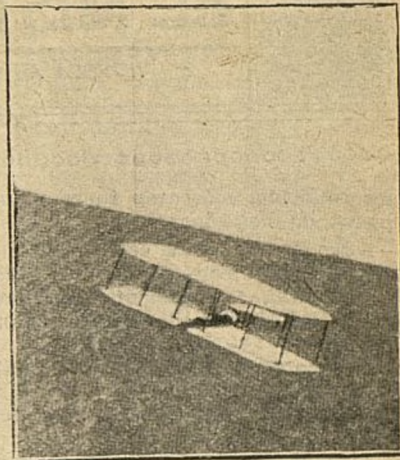
Las primeras pruebas de aviación de los hermanos Wright en 1900, fueron hechas en una especie de cometa.

El gran aviador inventor Wilbur Wright ha muerto, y ha muerto no como le correspondía cruzando el aire en vuelo rapidísimo sino en la cama, vulgarmente como muere cualquier burgués.

No se concibe al gran Napoleón muriendo envuelto en sábanas apoyando su cabeza en una almohada,



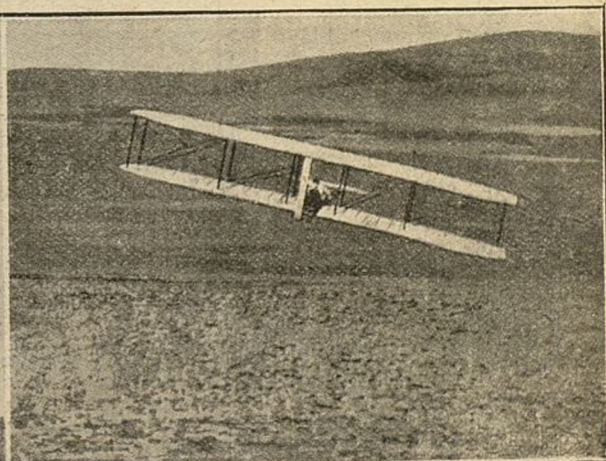
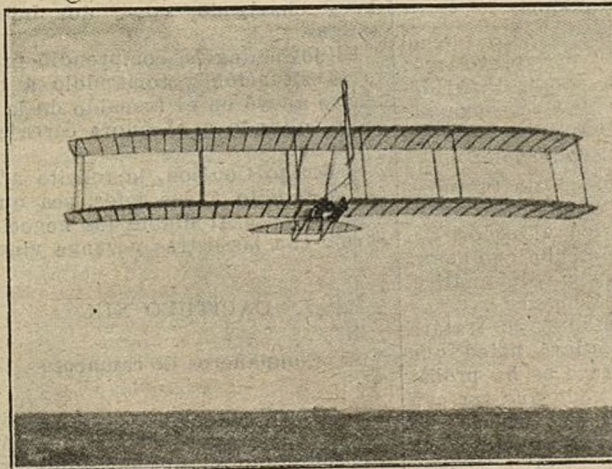
El célebre aviador Wilbur Wright.



Uno de los varios modelos de aeroplanos probados por los Wright de 1900 á 1903.

Wilbur Wright, en su viaje que hizo el 4 de Mayo á Boston, enfermó del tifus, regresó á Dayton donde reside toda su familia, cayó en cama y la fiebre le ha consumido.

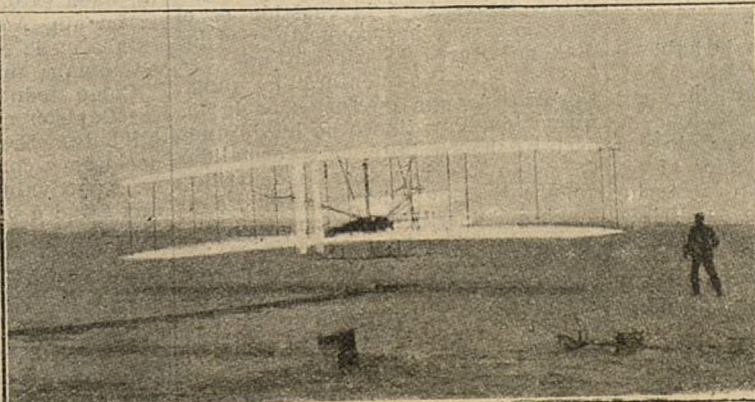
Su hermano Orville, que le acompañó en varias ascensiones, no se ha separado de su lado un solo momento, sin querer creer que su hermano pudiera sucumbir á la terri-



Dos modelos usados por Orville y Wilbur Wright con timón vertical de dirección.

agonizando como cualquier simple mortal. Nos mortifica que así desaparezca. El gran guerrero debía haber muerto de un balazo entre ceja y ceja ó de un casco de metralla que destruyese su pecho.

Por eso nos mortifica, el ver á Wilbur Wright morir en el lecho acabado por la fiebre, por el tifus. Wright debiera haber muerto estrellado, abrasado, de cualquier manera, pero volando.



El primer vuelo con motor verificado el 7 de Diciembre de 1903. El aviador Wright aparece acostado sobre la máquina.

ble fiebre. El gran aviador era un hombre modesto, sincero y bueno.

Vivía en Dayton, estado de Ohio, con su hermana Catalina, donde llevaba una vida sencilla, modestísima y arreglada.

Tenía grandes proyectos, pero la muerte ha venido á privarnos de sus grandes iniciativas.

La muerte del célebre aviador ha sido universalmente sentida.





# EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"



mos conocido, máscaras fuera y hablémos de negocios.

—Eso ya es otra cosa—contestó con calma Coulson—. Vámonos á cenar por ahí, á la Abadía Theleme, por ejemplo, y allí charlaremos cuánto guste.

El joven devolvió la cartera á Coulson y salieron.

La distancia era corta y la anduvieron sin hablar.

Entraron en el restaurant, se instalaron en una mesita, y cogiendo el americano la lista se la entregó á Gaynsford diciendo:

—A usted le toca pagar, por consiguiente, elija la cena. Yo por mi parte, con unas ostras, un pollo caliente y una botella de champagne frío tengo bastante.

El inglés pidió sobre esa base una espléndida cena.

El viejo Coulson saludó á varios amigos, habló con las bailarinas españolas, en puro castellano, lo que asombró al otro extraordinariamente, y volviéndose hacia Gaynsford le dijo:

—Ahora ya podemos hablar; vamos á ver si nos entendemos. Usted ha venido á Londres para meterme los dedos en la boca ó para robarme; una de dos, ó es usted un policía ó un agente secreto, ó si no es usted un ladrón. Ahora bien, para entrar en negocios, planeelos. Haga su oferta y véamos lo que se puede hacer.

Gaynsford, que ya se había repuesto por completo de su primera derrota, contestó:

—Amigo Coulson, no soy ni policía, ni agente secreto, ni mucho menos ladrón. Tengo, sin embargo, un amigo que por razones que no son del caso, no puede verse personalmente con usted, pero que tiene muchísimo interés en saber detalles de una cosa, de un incidente, del cual usted puede decir algo.

—Muy bien—interrumpió Coulson—siga usted, siga amigo.

—La persona de quien le hablo—continuó diciendo en inglés con calma—está dispuesta á dar cinco mil duros á quien le dé una completa información de la naturaleza de los papeles que le fueron robados al señor Hamilton Fynes, en la noche del 22 de Marzo, cuando se dirigía de Liverpool á Londres, en el tren especial.

—¡Hombre, hombre! ¡Cinco mil duros! ¡Ahí es nada!—exclamó Coulson.

—Aún hay más; la misma persona—siguió diciendo Gaynsford—entregará otros cinco mil duros al que dé una explicación satisfactoria sobre el asesinato del señor Ricardo

Vanderpole, acaecida al siguiente día del crimen del tren.

—Parece que su amigo de usted es un hombre muy serio—dijo Coulson con admirable sencillez.

—Mi amigo, señor Coulson, no es ningún pordiosero. Se supone, no solamente en Inglaterra, sino fuera de Europa, que esos dos crímenes tienen algo de común. Yo, como le he dicho á usted, ni soy policía, ni busco publicidad, ni dinero; pero trabajo por cuenta de un individuo que sabe gastarse el dinero.

Pues tiene usted una mina y debe aprovecharla, pero me maravilla que siendo un hombre listo pierda el tiempo viniéndose á París á charlar conmigo pudiendo hacer algo que valga la pena en otro sitio.

—Pues si he venido aquí—continuó diciendo el inglés—, es precisamente por eso.

—¿Aquí, á París?, ¿y á qué?—preguntó el americano.

—Pues en busca de un tal James B. Coulson, á cuya salud tengo la honra de beber esta copa.

Mr. Coulson apuró la copa que el camarero acaba de llenar y exclamó:

—¡Usted me deja atónito! ¡Al demonio se le ocurre que yo tenga algo que ver con Hamilton Fynes ó con el gomoso de Vanderpole!

—¡No tanto, hombre, no tanto!—replicó el joven—, en el juicio ya se vió que conocía usted al señor Fynes, y todo el mundo sabe que cuando mataron al joven diplomático, acababa de visitar á usted.

—Sí que es raro, que yo tratara á ambos, pero recordará usted que en la vista de la causa se ha probado que yo no tenía nada que ver con el joven Vanderpole, sino con el embajador, que es cosa muy diferente.

—Todo eso está muy bien, y tiene razón en todo lo que dice; pero eso no importa ni altera en nada, lo que le he dicho. Aquí la cuestión es el negocio que le he propuesto, y si los diez mil duros le parecen poco, se hablará y se aumentará la suma. Nosotros lo que queremos es la información. Por dinero no ha de quedar. No hacen falta más formalidades, sino que nos diga lo ocurrido; no necesitamos saber ni siquiera el nombre del criminal, pero sí queremos saber la clase de papeles robados; su contenido, la posición que Fynes ocupaba en el Gobierno de Washington, y finalmente qué diablos es lo que hace usted aquí en París.

—A todo esto—preguntó Coulson—¿ha pedido usted ya la cena?

—Está pedida conforme á su deseo—replicó Gaynsford.

—¿Y quedamos en que usted me convida, ¿eh?

—Desde luego, y me considero honradísimo con que usted acepte mi convite.

—Muy bien—exclamó el americano—. Creo que ha llegado la hora de que nos entendamos. Para usted yo soy James B. Coulson, negociante en lanas, que ha venido á Europa á sacar patentes de invención por varias máquinas de cardar y de filaturas. ¿No es eso? Pues bien. Si pone usted encima de esa mesa cincuenta mil duros en oro, seguiré siendo James B. Coulson el de las máquinas de cardar lana y si á esa suma añade usted un millón de francos más, y pone encima billetes de Banco hasta que lleguen al techo; seguiré siendo el mismo Coulson, el de las lanas.

Así pues, si usted está dispuesto á meterse eso en la cabeza y aceptar como bueno lo que acabo de decirle no sé por qué, no hemos de terminar la noche, comiendo, bebiendo y charlando, como dos buenos amigos.

El joven inglés, comprendió pronto la situación y tomándolo á broma se apoyó en el respaldo de la silla y soltando una sonora carcajada, exclamó:

—Amigo Coulson, le felicito á usted y felicito á sus jefes, sea quienes fueran. ¡Al diablo los negocios! Firme con las ostras y venga vino.

## CAPITULO XIX

### Compañeros de camarote

A la mañana siguiente, Mr. Coulson, recibió varias cartas de América. Encerrado en su cuarto del quinto piso del hotel, las recorrió detenidamente una por una. Al cabo de un buen rato, tocó el timbre y pidió la cuenta. A las cuatro de la tarde estaba en la estación del Norte, donde tomaba un billete para Londres.

Como todo grande hombre, Mister Coulson no estaba exento de debilidades. Era inteligente, valeroso, decidido y cortaba un pelo en el aire, como vulgarmente se dice; tenía una salud á prueba de bomba, un estómago de avestruz y no sabía lo que eran los nervios, pero en cuanto ponía el pie en un barco se mareaba horriblemente. Lo primero que hizo al entrar en el vapor "Boulogne", para atravesar el Canal, fué pedir un camarote para él solo. Desgraciadamente todos estaban ocupados, y le fué imposible conseguirlo, apesar de ofrecer al camarero una buena propina. Ya se retiraba desesperado,



cuando un pasajero que había oído las últimas palabras de la conversación, se acercó y con gran finura les dijo:

—Creo que he sido yo, caballero, el que ha tomado el último camarote que quedaba libre, y si quiere usted compartirlo conmigo, tengo el gusto de hacerle el ofrecimiento. Yo lo utilizo poquísimo. La noche está muy agradable y probablemente pasaré toda la travesía sobre el puente.

—Si me permite usted que pague la parte que me corresponde—replicó Coulson—se lo agradeceré infinitamente, porque me mareo horriblemente. No he nacido para marino.

—Como usted guste; de todas maneras es una pequeña—replicó el desconocido.

La noche estaba hermosa, pero la mar un tanto alborotada hacía cabecear al barco, dentro del mismo puerto.

—Voy a pasar unas horas horribles—exclamó el americano con franqueza—, me parece que le voy a hacer a usted pasar un mal rato. Le va a usted a pesar el haberme hecho tan amable ofrecimiento.

—Yo en la vida me he mareado—replicó el otro pasajero, y sólo tomo el camarote por si llueve, y tener donde meterme. Pero en una noche como ésta no lo pienso utilizar, así es que por mí ya puede usted marearse cuanto tenga por conveniente.

—No lo tome usted a broma, que esto del mareo es muy desagradable—dijo Coulson.

—Tome usted una copa de coñac—dijo el desconocido sacando un frasco y echando el contenido en partes iguales en dos vasos—es muy bueno, y quizás le haga dormir.

Coulson vació el contenido de un sorbo, y cuando el otro llevaba el vaso a la boca, un bandazo le hizo tropezar cayéndole el coñac sobre el abrigo.

—Esto no importa—exclamó—, no me quedará sin beber—, dijo sonando el timbre, llamando al camarero. —Después de todo, sólo bebía por hacerle a usted compañía. Después de todo, prefiero beber rom.

Coulson se sentó sobre el camastro. Parecía indispuerto y sin ganas de hablar.

—Bueno, pues le dejo a usted y que descanse, yo me voy al puente—dijo el desconocido—. Acuéstese, procure dormir, y verá cómo descanse.

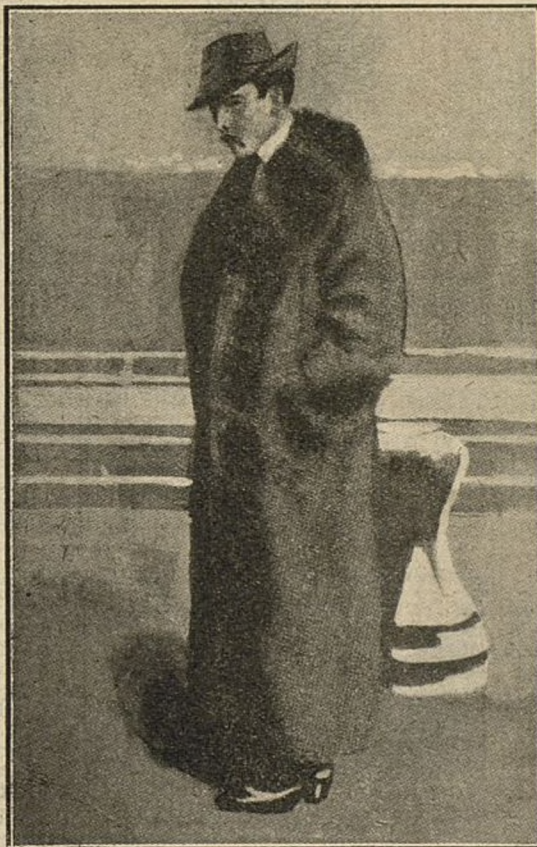
—Vaya un coñac el que me ha dado usted—exclamó Coulson interrumpiéndole—¡qué cosa más fuerte!

El pasajero se sonrió y se fué. Al cabo de un cuarto de hora regresó al camarote y carró la puerta. Ya estaban a alguna distancia de la costa; el barco cabeceaba fuerte-

mente, pero el negociante en lanas, James B. Coulson, no se daba cuenta de ello. Dormía como quien no tiene intención de levantarse hasta el día del juicio.

El desconocido entró y empezó a registrar los bolsillos del americano. Una cartera bastante grande, donde Coulson guardaba sus papeles más secretos, pronto pasó a las manos del misterioso viajero. Con cuidado, con maña sin igual, abrió todas las cartas y las leyó una por una detenidamente. Una de ellas pareció interesarle más, y la miró repetidas veces.

—¡Sin sellar!—exclamó por lo bá-



jo—. Vaya un hombre precavido. Representa el papel de comerciante en lanas a las mil maravillas.

Cogió la carta y salió del camarote. Al cabo de diez minutos estaba de vuelta. Colocó la carta en el bolsillo de donde la había sacado, y mirando a Coulson que dormía profundamente, exclamó:

—Amigo mío, entregue esta carta a su destino, tan pronto como llegue a Londres.

Después se sentó, y se quedó mirando al americano en silencio. Luego sacó del bolsillo un frasquito, echó unas gotas en un vaso, y abriendo la boca de Coulson vació el contenido del vaso.

Acto continuo salió del camarote, se dirigió al puente, y se puso a pasear tranquilamente, mirando constantemente a la costa inglesa. La mar estaba bastante agitada, el ca-beceo era grande y las olas batían con fuerza la proa, salpicando la cu-

bierta de menuda lluvia salada.

Ya cerca de la costa, bajó las escaleras y se dirigió de nuevo al camarote a ver a su compañero de viaje.

Cuando entró en el camarote, Coulson estaba sentado al borde de la cama. Se había despertado con un horrible dolor de cabeza y un mal genio que no encontraba la causa. Una sospecha pasó rápida por su mente; sacó sus papeles, los examinó con detención, contó el dinero y al verlo todo intacto, se sintió más tranquilo. A todo esto ya se le había olvidado que se había mareado.

—¿Qué tal? ¿Cómo le ha pasado usted?—preguntó a Coulson.

El americano dió un profundo suspiro, le miró fijamente. Había sospechado algo, no sabía qué; pero al ver a aquel hombrequito moreno, amable y atento, todas sus sospechas se desvanecieron.

—Tengo un dolor de cabeza atroz—contestó—, pero no me he mareado en absoluto; he dormido como un tronco, y no me he dado cuenta de que navegaba. Es la primera vez que cruzo este Canal sin marearme.

El otro desconocido se sonrió cariñosamente.

—Eso no es nada. Celebro mucho que no se haya mareado. Ya verá usted, en cuanto lleguemos a Folskstone tendrá usted ganas de comer. No se moleste usted, amigo mío, ya le he dicho que no necesito el camarote para nada. Yo me voy sobre cubierta que hace muy buena noche. No hubiera venido, a no ser por enterarme de cómo le iba a usted.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?—preguntó Coulson.

—Próximamente un cuarto de hora; volveré a avisarle, de manera que si tie-

ne usted dolor de cabeza, tumbese, que yo vendré a buscarle.

—No, no—dijo Coulson poniéndose de pie—voy a refrescarme la cabeza con agua fría. Debe de haber sido el coñac ese que me ha dado usted lo que me ha hecho dormir tan profundamente. ¡Qué cosa más fuerte!

Subieron juntos al puente.

—De todas maneras, amigo mío, he evitado que se maree usted. La travesía no ha sido del todo mala.

Coulson entró en el fumadero, donde se dió un buen chapuzón, refrescándose la cabeza, y después pidió una taza de café, la que apuró de un sorbo quedando después como nuevo.

Al llegar a Folskstone, buscó a su compañero de camarote, mas en vano. No lo pudo encontrar por parte alguna. En Charing Cross, volvió a buscarle, pero con idéntico resultado. El pasajero amable, el morenito, había desaparecido.



# COSAS RARAS Y NUEVAS

Por poco ruido que meta un beso, suena mucho. La historia del pueblo judío habría sido muy distinta si Jacob no hubiera dado á su padre Isaac aquel engañoso beso, cuando se hacía pasar por Esaú.

El beso de Judas Iscariote á Jesús trajo la muerte del Salvador y cambió la faz del mundo.

El beso de Macheat á Dives, le hizo exclamar "Excelente ginebra es la que bebéis".

Petruchio dió á su novia tan ruidoso beso, que la iglesia donde se había celebrado la ceremonia, retumbó.

El beso dado por la duquesa de Devonshire á un carnicero en pago de su voto, se ha hecho popular. Steelo, que así se llamaba el carnicero, debió su fama y su fortuna al beso de la aristócrata dama, y Camponamor nos dice que se sintió.

"En Cádiz repercutió un beso dado en Cantón".

Ahora, lo curioso sería saber lo que han sentido al darse el beso, las dos partes contratantes, porque,

"Manos se besan, que deseáramos ver cortadas".

En todas las cocinas se debe de tener madera de cedro en polvo, ó sea serrín de cedro. En el momento que por cualquier causa se produce un mal olor en la estancia, échese un poco de serrín en la plancha cubierta y desaparecerá al momento.

El extraordinario datilero que damos en estas líneas, es copia de una fotografía de una curiosa palma que existe en Elche, y que es visitada por cuantos visitan el pintoresco pueblo levantino. El árbol tiene, según se dice, doscientos años



de edad. Desde el tronco central salen ocho ramas, y pesa tanto que ha sido necesario apuntalarle, como se ve en el grabado.

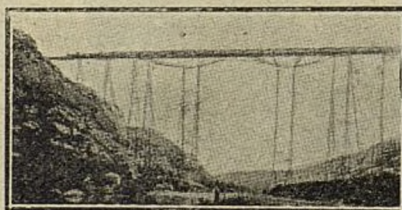
El caracol que aquí reproducimos, es sumamente curioso y valioso.



## CARACOL CURIOSO

so. Se notará que las vueltas no van unidas, sino con pletamente separadas, es decir, que tiene la forma de un sacacorchos con el espiral suelto. Por esta clase de caracoles se han llegado á pagar precios muy altos. Por algunos ejemplares se han llegado á pagar hasta 800 pesetas. El de que hablamos, es el mayor de su especie que se conoce, y un coleccionista ha pagado por él una enorme cantidad.

El caracol es de color amarillo claro, con anillos blancos.



Uno de los viaductos más grandes del mundo, es el puente del ferrocarril que cruza el río Pecos en el Estado de Texas, América del Norte.

## UN GRAN PUENTE

Tiene 690 metros de largo, y cruza el río á la altura de 109 metros. Es todo él de acero y reposa en enormes basamentos de cemento.

Dicen los yankis con orgullo, que es el puente más grande del mundo, y así lo ha sido durante mucho tiempo, pero desde hace dos años, otra maravilla de la ingeniería, le ha quitado el campeonato.

En Chile se ha construido un puente que cruza el río Loa, que tiene 112 metros de altura sobre el nivel del agua.

Tampoco el puente yanki, que es el que reproduce nuestro grabado ocupa el segundo lugar ni el chileno es el primero, pues esta distinción la tiene el viaducto de Fades, Francia, recientemente construido. El viaducto cruza el río Sionle, y el centro

del puente, ó sea la parte más alta, queda á una altura de 146 metros sobre el nivel del agua.

Lo que sí ocurre de curioso en el puente norteamericano, es que cuando pasa el expreso formado por catorce coches y dos poderosas locomotoras, el tren ocupa todo el puente de un extremo á otro.

Los astrónomos de la Universidad de Haward han hecho un mapa fotográfico celeste, en el que figuran aproximadamente millón y medio de estrellas. El mapa tiene dimensiones colosales.

Para quitar las manchas de tinta de los libros, úntese un pincel con ácido oxálico, impréguese la mancha, y séquese con papel secante. Con un par de veces que se repita la operación, desaparecerá la mancha.

Acaba de morir en Nueva York una señora, Mistres Pearsallwalker, que ha dejado á su burro una renta vitalicia de siete mil quinientas pesetas. ¡Qué burrada! ¡Más que en España el sueldo de muchos jefes de administración!

Esta pregunta la hacen siempre ó casi siempre las personas que van á

## ¿ESTA FRESCO?

comprar pescado, y el pescadero contesta siempre: Está vivo.

No hace falta que lo diga el pescadero, es necesario que lo esté, y de ello puede uno convencerse fácilmente.

Es sumamente conveniente conocer si el pescado está ó no fresco, porque lo que es un delicado manjar, no sólo resulta repugnante si no está fresco, sino que puede llegar á ser un verdadero veneno.

Al comprar un pescado es necesario cerciorarse de que tenga los ojos



brillantes, las agallas muy rojas, las aletas tiesas y la carne dura y resistente al tacto. Esto y lo que todo el mundo sabe no debe oler mal.